

## **Alarmas y sueños de codicia: los piratas en *Argentina y conquista del Río de la Plata* de Martín del Barco Centenera**

Alarms and Dreams of Greed: the Pirates in *Argentina y conquista del Río de la Plata* by Martín del Barco Centenera

*Los profesores juzgarán su mérito poético*  
(Félix de Azara)

**Javier de Navascués**

Universidad de Navarra  
jnavascu@unav.es

El presente artículo estudia los tres últimos cantos del poema épico *Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602), de Martín del Barco Centenera. En ellos se cuentan las dos incursiones del pirata inglés sir Thomas Cavendish por los dominios españoles en la costa del Océano Pacífico, Río de la Plata y Brasil. La lectura atenta de esta parte del poema permite comprender mejor los logros y limitaciones de la crítica de Martín del Barco Centenera a la conquista de América. Además, se entiende que su denuncia moral no solo afecta a los españoles, sino a cualquier individuo que infringiese ciertos parámetros morales. Por último, sugerimos que con la narración sobre los piratas ingleses trató de advertir a las autoridades imperiales del peligro de mantener indefenso el flanco sur del Imperio.

**Palabras clave:** Martín del Barco Centenera, Piratas, Poesía épica.

The present article studies the three latest Chants of the Epic Poem *Argentina and the Conquest of the River Plate* (1602) by Martín del Barco Centenera. In this poem are told some attacks of the pirate Englishman Sir Thomas Cavendish into the Spanish colonies. An attentive reading of this part of the poem allows to understand better the achievements and limitations of some critiques of the author to the conquest of America. In addition, there is understood that his moral denunciation not only affects the Spanish, but to any individual who was infringing certain moral parameters. Finally, we suggest that with the story about the English pirates he tried to warn the imperial authorities of the danger of keeping the south flank of the Empire defenseless.

**Keywords:** Martín del Barco Centenera, Pirates, Epic Poetry.

**I**

El poema épico *Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602), de Martín del Barco Centenera, ha sido clasificado en un lugar tan marginal de las epopeyas americanas como periféricas fueron la región y la historia que evocó. Para colmo, durante mucho tiempo padeció el desdén de sus críticos, que la consideraron irrelevante por su contenido histórico y literario. Ya en el siglo XVIII, uno de sus primeros comentaristas, Félix de Azara, lo fulmina con las siguientes palabras: "Esta obra es tan escasa de conocimientos locales, y tan llena de tormentas y batallas, de circunstancias increíbles... que creo no debe consultarse" (1943: 8). El reproche llega hasta nuestros días. Un estudioso de la talla de Avals-Arce asegura que "la estrafalaria imaginación de Barco Centenera inventa algunas paparruchas descomunales que se dan como verdades inconcusas" (2000: 88). Ahora bien, si el autor recoge lo que ha visto directamente o ha oído sin discriminar demasiado lo que recibe, no es menos cierto que su tono confesional y didáctico aporta la perspectiva de un testigo privilegiado (Fabbri, 2002: 15-24). Más aún: a partir de ese espíritu crítico de la conquista que infunde a su narración es posible leer el poema no solo como una epopeya al uso, sino como un texto que, desde su vertiente desmitificadora, se convertiría en una crónica rimada de hombres, no de héroes<sup>1</sup>.

Tres partes componen el poema (Manzotti, 1992: 455-459): la primera se despliega en los cinco primeros cantos y describe el espacio del Río de la Plata; la segunda, la más considerable y tocada por la crítica, abarca desde el canto VI al XXI y expone las andanzas de gobernadores y adelantados codiciosos, como Ortiz de Zárate o Juan de Garay, además de los encuentros y desencuentros entre indios y españoles; por último, la tercera (XXII-XXVIII) se traslada a Perú y hace recuento de una diversidad de anécdotas, desde el concilio limense o el terremoto de Arequipa a las incursiones corsarias. Nuestro propósito es fijarnos justamente en estos últimos episodios, en especial en los tres últimos cantos dedicados al pirata Thomas Cavendish<sup>2</sup>.

La materia de los piratas queda, en apariencia, lejos de las interpretaciones más comunes sobre el cuerpo central del poema. Sin embargo, trataremos de demostrar que un examen más cuidadoso de los tres últimos cantos de *Argentina y conquista del Río de la Plata* permite, de un lado, ahondar en las denuncias a la codicia de los bienes ajenos, *leit motiv* de la historia contada por Barco Centenera sobre los españoles en tierra firme. De hecho, esta reprensión no afecta a los compatriotas del arcadiano, sino que este la extiende a los mismos corsarios ingleses, con lo que su visión de las pasiones

---

<sup>1</sup> "El punto central estriba, creo, en que los personajes españoles de la Argentina, sus parlamentos y las situaciones que protagonizan no responden a los cánones de la épica, sino a los de la historiografía" (Tieffemberg, 1996: 305).

<sup>2</sup> La heterogeneidad argumental mereció juicios negativos entre la crítica tradicional, pero en los últimos años ha recibido lecturas más comprensivas. Dice Menéndez y Pelayo: "El poema no tiene unidad ni plan ni concierto: el autor va y viene a merced de sus recuerdos" (1948: 306). Campra (1996: 311-312) recuerda que esa misma falta de unidad responde a la enorme variedad de la realidad que el escritor pretende transmitir y que, en sí misma, no es negativa ni positiva. De hecho, los experimentos neobarrocos del siglo XX nos habrían hecho, como lectores, más sensibles a este tipo de estructuras...

va más allá de una denuncia coyuntural y se entiende desde una concepción ética más amplia. Además, delimitaremos el alcance de sus críticas, que no afectan a su confianza en la legitimidad de la idea imperial. Por último, nos preguntaremos cuál es la razón de terminar la obra con un asunto tan distinto del que preside casi todos sus cantos. Nuestra hipótesis es que Martín del Barco Centenera trató de advertir a las autoridades imperiales del peligro de mantener indefenso ese flanco sur del Imperio, ya que el Río de la Plata era “un postigo abierto hacia el Perú”<sup>3</sup>.

## II

Sir Thomas Cavendish (1560-1592) ha pasado a la historia por la expedición pirática que comandó a lo largo de la costa sudamericana del Pacífico y que le devolvió, después de atravesar tres océanos, a Inglaterra. Se convirtió, así, en el tercer navegante en dar la vuelta al mundo tras Elcano y Drake.

Desde julio de 1586 Inglaterra y España se encontraban en la guerra que había de culminar con la derrota de la Armada Invencible tres años más tarde. El joven y ambicioso Thomas Cavendish decidió emular la brillante empresa de Francis Drake, cuando este había sorprendido el sistema defensivo español de América del Sur en 1578. Al mando de un buque de 120 toneladas, el *Desire*, así como otros dos de menor tonelaje, el *Content* y el *Hugh Gallant*, partió de Plymouth el 21 de julio de 1586. Seis meses después bordeaba el Estrecho de Magallanes y anclaba en la isla de Santa Magdalena, cerca de la actual Punta Arenas (Chile). Allí encontró a un puñado de españoles sobrevivientes de la iniciativa para fortificar el Estrecho por parte de Pedro Sarmiento de Gamboa. Recogió a uno de ellos, llamado Tomé Hernández, con el fin de tenerlo de intérprete en sus incursiones por la costa del Pacífico. Al resto los abandonó a su triste suerte.

Una vez atravesado el Estrecho decidió asaltar los puertos del Virreinato del Perú. Sin embargo, Tomé Hernández escapó al llegar a Puerto Quintero y advirtió al gobernador español del peligro. Los ingleses se alejaron tras desembarcar y perder algunos hombres en una refriega. Remontando hacia el norte, Cavendish atacó los puertos de Arica, Pisco y Paita (O'Donnell, 1992: 167) y abordó numerosos mercantes. Sin embargo, debido a la experiencia que habían padecido con Drake, las autoridades ya habían tomado ciertas medidas de prevención. El sistema de alarma por mar y tierra funcionó y el intruso fue rechazado en ocasiones (O'Donnell, 1992: 175). Así, en Guayaquil Cavendish se vio obligado a retirarse tras sufrir una emboscada de los propios vecinos.

En realidad, el éxito definitivo y clamoroso de la expedición se fraguó algo más tarde, cuando, ya en el cabo San Lucas de la Baja California, Cavendish sorprendió al galeón de Manila *Santa Ana*. Este tipo de embarcaciones surcaban la ruta abierta por Urdaneta entre Filipinas y América, llevando cada año un riquísimo contingente de oro, plata, especias y sedería. Después de una lucha desigual, ya que los españoles carecían de artillería, los ingleses

---

<sup>3</sup> La referencia y los comentarios a la carta pueden verse en Peña, 1912.

capturaron y hundieron el barco. Se estima que el botín del *Santa Ana* ascendió a dos millones de pesos.

Con este rico tesoro Cavendish cruzó el Pacífico, hizo escala en distintos puntos del Sudeste asiático y África y el 9 de septiembre de 1588 alcanzó el puerto de Plymouth con una única nave, la almiranta *Desire*, que llevaba las velas forradas en seda de la China (Fernández Duro, 1972: 52). Fue recibido como un héroe por la reina Isabel en un año glorioso para Inglaterra, ya que se acababa de derrotar a la Armada Invencible.

Cavendish había alcanzado la fama y la riqueza a los veintiocho años. Animado por el éxito, en 1591 emprendió un segundo viaje con la intención de seguir la misma ruta que el primero. La expedición, mejor aprovisionada que la anterior, constaba de cinco naves y junto al almirante se encontraba otro experimentado marino, John Davis. Sin embargo, todo iba a tener un final muy distinto.

Se tardó más de cuarenta días en llegar a la línea del Ecuador y los ingleses avistaron Brasil con mucha gente enferma de escorbuto. Cavendish se resarcó en el puerto de Santos, donde el 16 de noviembre sorprendió a los portugueses mientras asistían a misa. A la altura del Río de la Plata les azotó un fuerte viento pampero que dispersó la flota y hundió un par de chalupas. Uno de los navíos dio media vuelta hacia Inglaterra. Todos estos sucesos aparecen mencionados en la *Argentina*. Con dificultades alcanzaron el Estrecho pero las penalidades aumentaron. Al llegar al Puerto del Hambre, la tripulación de su propio barco se insubordinó, y surgieron disensiones entre Davis y Cavendish. Este trató de imponer su criterio de navegar hacia China por el Pacífico sur, pero entre todos obligaron al almirante a regresar al Brasil. Durante la travesía de vuelta Davis se perdió con dos barcos y regresó a Inglaterra por su cuenta. A la altura de la isla de San Vicente desertó otro navío más, dejando a Cavendish con uno solo lleno de heridos y enfermos. Los portugueses derrotaron en tres ocasiones a los desventurados ingleses cuando estos bajaban a tierra para aprovisionarse. A estas alturas Cavendish se dirigió a Santa Elena para intentar capturar los galeones portugueses que tomaban ese camino. Sin embargo, ya había perdido el control de la situación y sus hombres se le habían amotinado, hartos de la crueldad y las arbitrariedades de su capitán (Bradley, 1992: 242-243). Amargado y solo, Cavendish murió por causas desconocidas en 1592 cerca de la isla de Ascensión.

### III

El Canto XXVI de la *Argentina* se dedica a la primera incursión de Cavendish, o Candís, como se le cita en el poema. Desde el principio se le define como un personaje "muy orgulloso" (XXVI, 2)<sup>4</sup> que pretende emular a Drake, del que se ha hablado en cantos precedentes. El narrador se declara testigo de la preocupación que generan las noticias sobre este nuevo pirata ("Yo vide en Chuquisaca alborotada/ la cosa", XXVI, 4), lo que se explica por el tono

---

<sup>4</sup> Cito por número de canto y octava. El texto procede de la edición de Tieffemberg (1998).

cronístico de la *Argentina*, ajeno a las representaciones heroicas de las epopeyas guerreras de su tiempo.

Barco Centenera, como religioso comprometido en el proyecto de la Iglesia católica en América, critica los excesos de los conquistadores, pero no pone en tela de juicio la legitimidad de la autoridad imperial. De hecho, se hace eco de los miedos de las clases dirigentes cuando recuerda con espanto la idea de algunos líderes indígenas de ofrecerse como aliados de los piratas ingleses:

Aquí dejar agora yo no puedo  
de decir y tocar muy brevemente  
una maldad diabólica y enredo  
que el demonio fragó entre aquella gente  
indiana, que en pensarlo solo quedo  
confuso y ajenado de mi mente  
que una carta a los ingleses escribieron  
y en ella estas razones les dijeron:

“Ilustres mis señores luteranos,  
venid porque os estamos esperando,  
que queremos serviros como a hermanos,  
vuestras cosas contino substentando”.  
Estas cartas vinieron a las manos  
de la justicia, el caso procurando,  
los indios que hallaron ser culpados,  
públicamente fueron castigados (XXVI, 5-6).

A través de estas octavas Martín del Barco Centenera expone temores de insurrección que no eran solo suyos, sino de todas las élites del Virreinato. Pedro Fernández Quirós escribe en un memorial al rey que el intento de Cavendish era “juntarse con los indios araucanos y pregonar allí la libertad de conciencia, libertad a todos los indios y negros de la América, acogimiento a los retraídos y perdidos y, a todos cuantos la quisiesen, seguridad de vidas, honras y haciendas, buena compañía y esperanzas, y por remate soltar presos” (Escandell, 1952: 84). La mirada del arcediano extremeño no es tan complaciente ni uniforme como suele darse en los relatos bélicos de la epopeya clásica y renacentista. Ante la infausta noticia de una incursión de piratas los indios conspiran y los soldados se alegran porque podrán medrar<sup>5</sup>. Su poema da cuenta, en fin, de diferentes miradas respecto del mismo suceso y en absoluto se encuentra en él la unanimidad valerosa que podríamos ver en epopeyas que tratan los mismos acontecimientos, como *Armas Antárticas* (1609?), de Juan de Miramontes, o *Lima defendida* (1723), de Pedro Peralta Barnuevo.

El itinerario de Cavendish se narra de acuerdo, probablemente, con los relatos que conoció el autor de primera mano. El texto pasa de largo en

<sup>5</sup> El poco entusiasmo épico del autor se refleja en el modo despegado con que cuenta la alegría de la casta militar al conocer la llegada de Drake: “Entre soldados, gente desalmada, / por trisca se decía, hube sabido, / de Draque: “Sea la nueva bien llegada...” (XXVI, 3).

todo lo relativo a las aventuras en el Estrecho y se detiene en el puerto de Arica, donde los piratas, según las versiones inglesas, se limitaron a apresar unos barcos pero no entraron a saquear la ciudad (Bradley, 1992: 232). Es probable que la experiencia del primer desembarco bélico, cuando en Puerto Quintero fueron batidos los ingleses, persuadiera a su comandante a limitar sus ataques al mar. Barco Centenera sostiene, no obstante, que fue el ingenio de los españoles el que engañó a los piratas, ya que las mujeres de la ciudad salieron a la playa blandiendo sus trajes como si fueran banderas de un gran ejército.

De sus paños y tocas las banderas  
al aire despleaban a menudo,  
las mismas que salían las primeras  
tornaban a salir y nunca pudo  
el inglés entender estas quimeras (XXVI, 9)

El ardid entra en consonancia, por cierto, con el protagonismo en las acciones que a las mujeres gusta de atribuir Martín del Barco Centenera. Campra (1996: 320) llama la atención sobre la voluntad fabuladora del arcediano y justamente señala ese papel preponderante de las féminas en secuencias que lindan con lo novelero o lo grotesco. Así sucede, por ejemplo, con el episodio en el que Florentina y Catalina descubren en su choza a un mozo que ha entrado a robarles su comida y como castigo le cortan la oreja y la clavan en el techo (IX, 49). El desdichado la recupera y se vale después de ella para infundir lástima a las gentes y pedir comida. Volviendo al suceso de Arica, sea o no reelaboración personal la participación de las mujeres, lo evidente es que otras versiones del bando español coinciden en afirmar la veracidad de la treta. Juan de Miramontes, que estuvo en Arica pocos años después (Firbas, 2006: 18) y pudo recoger entonces el testimonio, cuenta el mismo lance, con la diferencia de que los protagonistas no son las damas de la ciudad sino los indios. Ellos simulan componer un ejército numeroso y ahuyentan al enemigo:

Era la fuerza flaca y la apariencia  
de guerra grande que en la costa había,  
que inventa estratagemas la prudencia  
si ve que no es bastante la osadía.  
Herrera, con su plática experiencia,  
mandó a unos indios que al nacer del día  
cañas por lanzas y a caballo puestos  
bajasen a la mar de unos recuestos (*Armas antárticas*: 616).

Si seguimos el derrotero posterior de Cavendish en la *Argentina* vemos que Barco Centenera no descuida hablar de la emboscada que sufren los piratas en Puná. Miramontes también la consigna en *Armas antárticas*. Pero hay una diferencia interesante entre las dos epopeyas: así como el poeta soldado se explaya refiriendo el encuentro encarnizado y la victoria aplastante de los españoles, Barco Centenera le dedica una rápida octava ("...llegaron / a la Puna do estando descuidada / la gente inglesa, ellos comenzaron / a darles una grande ruciada", XXVI, 15) y pasa enseguida a referir el asalto sacrílego de una iglesia en Paita y el apresamiento del galeón de Manila. Miramontes finaliza significativamente sus *Armas antárticas* con la victoria de

Puná. No podía concluir con una humillante rapiña, acaso porque su poema debe entenderse como medio de solicitar el mecenazgo del virrey y encontrar un espacio en la vida poética limeña (Firbas, 2006: 29). El arcediano extremeño, por el contrario, tiene otras intenciones, según se deduce del tono crítico con que enfoca la conquista, lo que implica una mirada antiheroica que le lleva a fragmentar los episodios históricos en anécdotas pintorescas y, no pocas veces, críticas de la realidad. De ahí que su perspectiva diste mucho del ennoblecimiento guerrero de Miramontes<sup>6</sup> y que, como decimos, la *Argentina* no dude en mostrar los efectos catastróficos del paso del pirata por los dominios españoles.

No extraña, entonces, que el Canto XXVI desemboque en el abordaje del galeón *Santa Ana* ni que se advierta de que los españoles apenas opusieron resistencia:

De vuelta de la China muy cargada  
encuentran una nave de tesoro,  
a su dición y mando fue entregada  
con suspiros y lágrimas y lloro,  
en breve ha sido toda despojada  
de sedas, brocateles y fino oro (XXVI, 22).

En realidad, parece que hubo una defensa más heroica por parte de los españoles, quienes se defendieron bien a pesar de llevar los cañones desmontados debido al peso de las mercancías transportadas. Según las versiones inglesas y españolas, dos veces fueron rechazados los corsarios hasta que entraron en el *Santa Ana* (Bradley, 1992: 234-235; Calvar, 1993: 1774-1775). Tampoco el navío fue despojado "en breve", sino que tardaron más de dos semanas en vaciarlo. En este episodio Barco Centenera vierte su mirada antiheroica y, acto seguido, fija su atención en una anécdota trágica que deja un diagnóstico ambiguo sobre las cualidades morales de algún español. Al poco de tomar posesión del *Santa Ana*, Cavendish deja en tierra a toda la tripulación derrotada con la excepción de un puñado de rehenes, entre los que se encuentra un religioso al que poco tiempo después manda ejecutar. El ahorcamiento del fraile está consignado históricamente en varias fuentes (Bradley, 1992: 235). Según declaración de un marinero del *Santa Ana*, Cavendish "ahorcó al canónigo don Joan de Armendáriz del Estay. Lo ahorcó porque no tuvo talento ni sufrimiento para pasar los trabajos y adversidades que allí pasamos" (Calvar: 1775). Es posible que la víctima hubiera protestado antes por el trato recibido o que, tal vez, planeara una huida. Sea cual fuera la razón exacta, Barco Centenera recurre a una de sus explicaciones favoritas: la codicia. Lo curioso es que el avaricioso no es el pirata en exclusiva, sino el clérigo. Este, al parecer, viene enriquecido de

---

<sup>6</sup> Y cabe pensar que Martín del Barco Centenera se diferencia todavía más del embellecimiento cortesano de un Peralta Barnuevo en su *Lima fundada* (1723), quien silencia los saqueos de Cavendish, el "marítimo leopardo", a lo largo de la costa del Pacífico. Todo sea en este último caso para ensalzar las medidas de defensa del virrey Conde del Villar, quien "se prevendrá tan pronto, tan valiente / que [Cavendish] faltar no podrá, logrando apenas / orlar de chinas sedas sus entenas" (Canto 5, estrofa LV). El último verso alude al botín obtenido por el asalto al galeón de Manila, minimizando retóricamente los efectos del saqueo.

Filipinas y “en verse así robado está afligido” (XXVI, 22). Entonces, decidido a hacer lo que sea para recuperar el oro, trama un motín contra Cavendish:

De su plata y tesoro cobdiciosos  
con ánimo también de hacer hecho  
de memorable fama y honroso,  
al peligro constante puso el pecho.  
A sus amigos dice: “Poderoso  
con vosotros me siento y satisfecho  
si queréis ayudarme, mis hermanos,  
contra aquestos soberbios luteranos... (XXVI, 23).

El poema introduce el móvil de la plata (unido al más aceptable del honor), lo que cuestiona la heroicidad del resistente clérigo. En consecuencia, los “soberbios luteranos” actúan de involuntarios jueces, ya que se encargan de pagar con la horca el amor desmesurado por las riquezas, la misma pasión que había entregado a los españoles a un torbellino de calamidades en el Río de la Plata. El Canto XXVI concluye con la derrota de los españoles y el triunfo de los corsarios, que regresan triunfantes a Inglaterra. Pero, como la rueda de la fortuna involucra los destinos de todos los personajes de la *Argentina*, Cavendish caerá víctima de sus pasiones en el Canto siguiente.

#### IV

El Cavendish de Barco Centenera sigue el modelo de guerrero valiente pero soberbio que antes en la *Argentina* habían encarnado Pedro de Mendoza, Juan de Garay o Juan Ortiz de Zárate, el “vencido de sus vanas pretensiones” (X, 3). Por lo que sabemos del corsario inglés, era un hombre orgulloso y no tenía las dotes extraordinarias de Drake para el mando y la navegación. En efecto, el orgullo desmedido, la *hybris* de los conquistadores españoles, se refleja en el pirata inglés, como pone de relieve Barco Centenera aludiendo al motivo iconográfico de la Rueda de la Fortuna:

Tomás Candís, qu’estaba tan pujante,  
a la rueda pensaba que tenía  
de aquesta gran tirana más constante  
que a su poca fijeza convenía,  
mas ella se le vuelve en un instante  
tan contraria a su vana fantasía,  
que causa que su vano pensamiento  
a las vueltas se vaya con el viento (XXVIII, 3).

Sus carencias humanas —su presunción, su cólera y su terquedad— le terminaron pasando factura en la segunda expedición a las posesiones españolas en América. Según Peter Bradley,

Cuando se ponen juntos los dos viajes de Thomas Cavendish, se concluye que el extraordinario éxito del primero se debió más a la buena fortuna que a habilidades náuticas excepcionales. Los navíos de la segunda expedición estaban bien armados, pero no avituallados con suficiente

cuidado. Le faltaban marineros experimentados, y le sobraba gente que no lo era [...]. Por lo que respecta a defectos personales, no pueden dejarse de mencionar los ataques de cólera de Cavendish y, sobre todo, su falta de sensibilidad, o más bien su crueldad con su tripulación. En último término, partidario de modo paranoico del propósito original de llegar al Mar del Sur, sin prestar nunca oídos a otros consejos, por ejemplo el de Davis, la afirmación fatigosa y debilitadora de sus propios objetivos en contra de la oposición y el fracaso último le trastornaron mentalmente (1992: 243).

El hilo secreto que mueve la mayor parte de las acciones de los protagonistas de la *Argentina* es la *hybris* castigada. No pensar que el curso de las acciones está a merced de los golpes de la Fortuna es una de las faltas recurrentes en las que caen tanto los españoles como el inglés. En este sentido, es notable que el único héroe exitoso del poema sea Drake, para el que no se escatiman elogios: "Aqueste inglés y noble caballero / al arte de la mar era inclinado, / más era que piloto y marinero / porque era caballero y buen soldado" (XXII, 3). Su única carencia es la privación de la fe católica: "Mas, como lo mejor y necesario / le falta, que es amor de Jesu Cristo, / emprende de hacerse gran cosario" (XXII, 4). Sin embargo, Drake y sus incursiones no ocupan sino la mitad de un canto, mientras que su sucesor de correrías protagoniza el tramo final del poema con tres cantos completos. Pareciera que a Barco Centenera le interesaran mucho más los aspectos antiheroicos del guerrero; de ahí que elija a Cavendish, igual que antes no se ha preocupado de exaltar las cualidades de los primeros pobladores del Río de la Plata. Unos y otros están ciegos ante las calamidades que se les avecinan.

El hombre propone y la Providencia dispone: los dos cantos finales del poema, el XXVII y el XVIII, se encaminan a demostrarlo. En ellos asistimos al desastroso regreso de Cavendish a América del Sur. Se cuenta, pues, la primera llegada a Santos y cómo el puerto es tomado fácilmente a los portugueses. Según el expedicionario Anthony Knivet (1625: 181-182), los ingleses pillaron por sorpresa a la mayor parte de la población mientras asistía a misa. Barco Centenera aprovecha la intrusión en el espacio sagrado para denunciar la impiedad de Cavendish, quien maltrata a los religiosos y ordena profanar imágenes y reliquias. Este hecho provocará, según la lógica providencialista del poema, la causa de sus futuras desgracias. El pirata continúa su viaje hacia el sur, mientras la población de Buenos Aires, lejos de manifestar un ánimo valeroso, expresa públicamente su temor: "En centinela están de noche y día / y cada cual igual temor tenía" (XXVII, 14). En realidad, los aspectos menos nobles de los españoles siguen saliendo a la luz. Al miedo se le junta enseguida el repetido móvil de la codicia con su inevitable castigo. El barco que parte de Río de Janeiro para avisar del peligro a Buenos Aires, regresa de modo imprudente a Brasil al enterarse del naufragio de dos naves piratas. Quieren apoderarse de los despojos, "qu'es grande la codicia del dinero / y al hombre fuerza haga desatino" (XXVII, 19). En la *Argentina*, todo comentario sobre las fragilidades humanas suele venir acompañado de una desgracia y así ocurre aquí de nuevo: la nave encalla violentamente y los que no mueren ahogados perecen a manos de los charrúas en la misma playa.

Pero la suerte también está echada para los piratas. La inestabilidad de la Fortuna se vuelve manifiesta para ellos en el regreso a Brasil<sup>7</sup>. Por tres veces los portugueses se enfrentan a los ingleses provocándoles grandes pérdidas humanas. Candís termina fuera de sí ante tal cosecha de derrotas y tiembla ante la posibilidad de un regreso a Inglaterra, pues su cabeza pelagra... (XXVIII, 22). Una vez más el espíritu épico se relega a favor del comentario moral. La victoria ("que bien parece ser de Dios venida", XXVIII, 26) se debe menos al valor o la fortaleza de los hispano-lusos cuanto a una decisión de orden divino que castiga a los agresores de sus iglesias y de gentes indefensas:

iQuien dubda que San Pedro como vido  
su templo de los malos profanado [...]   
que no dijo: "¿Señor, por qué has querido  
a tu pastor dejar desamparado?  
iMira que está en oprobio tu rebaño,  
remedia, buen Jesús, tan crudo daño!"

[...]   
por esto fue Candís desbaratado,  
qu'el justo nunca fue desamparado (XXVIII, 27 y 30).

## V. Conclusiones

Los cantos finales de la *Argentina* terminan de desordenar una materia ya de por sí heterogénea. No se vuelve a hablar de las guerras con los indios del Río de la Plata y el foco se desplaza a otros espacios y conflictos. En consecuencia, el discurso de la denuncia moral de la Conquista desaparece ante una nueva amenaza. Si Martín del Barco Centenera criticaba la crueldad y codicia de adelantados y gobernadores, ahora pone el dedo en las mismas lacras de los piratas ingleses que, además, reciben castigo de la Providencia por su impiedad religiosa. La acusación y el didactismo moral del autor se extienden a otras naciones.

Ahora bien, junto a esta especie de universal admonición sobre los avatares de la rueda de la Fortuna, cabe también una lectura de signo más político. Las diatribas contra las autoridades no impiden que el autor apruebe, en líneas generales, el sistema colonial español. Recordemos que era cosa del diablo que los indios pidiesen ayuda al luterano. Algunos intérpretes han sugerido que la figura del arcediano sufrió persecución "por inconfesados motivos ideológicos" (Maturó, 2004: 66), vinculados a un humanismo respetuoso de hombres de distintas culturas y religiones. Nada más lejos de esa visión integradora y heterodoxa que un autor que descalifica a los piratas por herejes y luteranos, y atribuye a Satanás todas sus empresas. Y nada menos acorde con esa tolerancia que los miedos de la élite (de los que el

---

<sup>7</sup> Barco Centenera no dice nada de las dificultades en el Estrecho que obligaron a volver a Cavendish ni de los amotinamientos contra él que padeció el comandante. El autor se atiene a la información que había visto o recibido oralmente. Solo así se explica que no termine su obra con la muerte de Cavendish en medio del océano, hecho que seguramente desconocía.

poema se hace eco en dos ocasiones) a que los indios y negros pudieran ser adoctrinados en la libertad de conciencia que habrían de predicar los ingleses, como ya vimos antes.

Pudiera parecer que las ideas de Martín del Barco Centenera serían las de toda la comunidad española y criolla de las regiones asoladas por Drake y Cavendish. Sin embargo, hay documentos que prueban que el panorama tenía sus excepciones fuera de la cultura letrada a la que el arcediano pertenecía. Como ya mostrara en un interesante trabajo Bartolomé Escandell (1952: 81-87), no faltaron gentes de muy distintos estamentos, incluso españoles, que se alegraron de la llegada de unos británicos que habrían de libertarlos del yugo inquisitorial o de los moldes de una sociedad en la que no se encontraban a su gusto: presos de la Inquisición, monjas deseosas de vivir en el mundo o simplemente hijos rebeldes de hacendados, todos ellos vieron en las incursiones piráticas una posibilidad liberadora de sus frustraciones<sup>8</sup>. Ahora bien, ninguna anglofilia de este estilo vemos en la *Argentina* de Martín del Barco Centenera, como en el resto de los testimonios de la cultura letrada colonial, donde el pirata es anatematizado sin excepción por su condición de amenaza al régimen hispano (Curiel, 2010: 7-8).

Por último, como hemos señalado al principio de nuestro trabajo, no sería descabellado suponer que el autor quisiera señalar los peligros del inglés en su entrada por el Río de la Plata. El arcediano escribió a Felipe II una epístola, probablemente fechada en 1588, es decir, después del ataque de Cavendish (Peña, 1912: XXXIII-XXV). Allí se habla de los corsarios ingleses que han entrado en el puerto de Buenos Aires y se sugieren diversas recomendaciones para el gobierno de la región, como el alzamiento de dos fuertes en la boca del río. Asimismo, se propone la división de la gobernación del Río de la Plata en dos provincias; la una teniendo por cabeza a Buenos Aires y la otra en Asunción. Las medidas que tomaron entonces las autoridades coloniales no fueron, ciertamente, las que proponía Barco Centenera<sup>9</sup>. Y, aunque la amenaza de los piratas en el Pacífico sur se fue disolviendo ante las dificultades técnicas de llevar hasta allí una permanente guerra de corso, el Río de la Plata tuvo que esperar dos siglos para ser reforzado administrativamente de manera definitiva.

## Obras citadas

Avalle-Arce, Juan Bautista. *La épica colonial*. Pamplona: Eunsa, 2000.  
Azara, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata*. Buenos Aires: Bajel, 1943.

---

<sup>8</sup> Hay que esperar al romántico siglo XIX y a la eclosión de las nacionalidades hispanoamericanas para que, en las novelas históricas de la época (Curiel, 2010: 8-12), el pirata invierta su signo negativo y coincida con los valores de libertad de los que da cuenta Escandell en ciertos testimonios del siglo XVI peruano.

<sup>9</sup> La administración española respondió a la agresión de Drake con la formación de la Armada del Mar del Sur, una escuadra permanente formada por naves militares y mercantes construidas en el Virreinato (Pérez Mallaína y Torres, 1987: 2-3). De todas formas, aunque siguió habiendo ataques en los siglos siguientes, no pueden compararse a los que sufrieron los intereses españoles en el Caribe.

- Barco Centenera, Martín del. *Argentina y conquista del Río de la Plata*. Ed. de Silvia Tieffemberg. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1998.
- Bradley, Peter T. *Navegantes británicos*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Calvar, Jorge et al. *La batalla del Mar Océano: corpus documental de las hostilidades entre España e Inglaterra (1568-1604)*. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval-Turner, 1988-1993, 3 vols.
- Campra, Rosalba. "Crónica de un encubrimiento: la *Argentina* de Martín del Barco Centenera". En Noé Jitrik (ed.). *Atípicos de la literatura argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1996: 306-323.
- Curiel, Adrián. *Los piratas del Caribe en la novelística hispanoamericana del siglo XIX*. México: UNAM, 2010.
- Escandell, Bartolomé. "Repercusiones de la piratería inglesa en el pensamiento peruano del siglo XVI". *Revista de Indias*, 51 (1952): 81-87.
- Fabbri, Marta. "Las enseñanzas de Martín del Barco Centenera y su poema la *Argentina*". Enriqueta Morillas (ed.). *España y Argentina en sus relaciones literarias*. Lérida: Universitat de Lleida, 2002: 11-23.
- Fernández Duro, Cesáreo. *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. Madrid: Museo Naval, 1972, tomo I.
- Firbas, Paul, "Juan de Miramontes y Zuázola: armas y letras antárticas". En Miramontes y Zuázola, Juan de. *Armas antárticas*. Ed. de Paul Firbas. Lima: Universidad Católica del Perú, 2006: 15-68.
- Knivet, Anthony. "The Admirable Adventures and Strange Fortunes of Master Antonie Knivet, which went with Master Thomas Candish in his Second Voyage to the South Sea". En Samuel Purchas (ed.). *Purchas His Pilgrimes*. Londres, 1625. En [isc.temple.edu/evanson/brazilhistory/PDFFiles/AdmirableAdventures.pdf](http://isc.temple.edu/evanson/brazilhistory/PDFFiles/AdmirableAdventures.pdf).
- Manzotti, Vilma. "Del Barco Centenera y su poema como justicia en una hazaña desventurada". *Revista Interamericana de bibliografía*, XLII. 3 (1992): 453-462.
- Maturo, Graciela. "Humanismo y denuncia en la épica cómica de Martín del Barco Centenera". En Graciela Maturo (ed.). *Relecturas de las crónicas coloniales del Cono Sur*. Buenos Aires: Universidad del Salvador, 2004: 31-73.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Santander: CSIC, 1948.
- Miramontes y Zuazola, Juan de. *Armas antárticas*. Ed. de Paul Firbas. Lima: Universidad Católica del Perú, 2006.
- O'Donnell, Hugo. *España en el Descubrimiento, conquista y defensa del mar del Sur*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Peña, Enrique. "Apuntes biobibliográficos". En M. del Barco Centenera. *La Argentina. Poema histórico*. Buenos Aires: Peuser, 1912: XII-LII.
- Peralta Barnuevo, Pedro. *Lima fundada*. Lima: Imprenta Francisco Sobrino, 1726. En <http://archive.org/details/limafundadaconq01pera>.
- Pérez Malláina, Pedro y Bibiano Torres. *La Armada del Mar del Sur*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1987.
- Tieffemberg, Silvia. "Disputas y debates en torno a un poema: la *Argentina* de Barco Centenera". En Noé Jitrik (ed.). *Atípicos de la literatura argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1996: 299-305.